This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

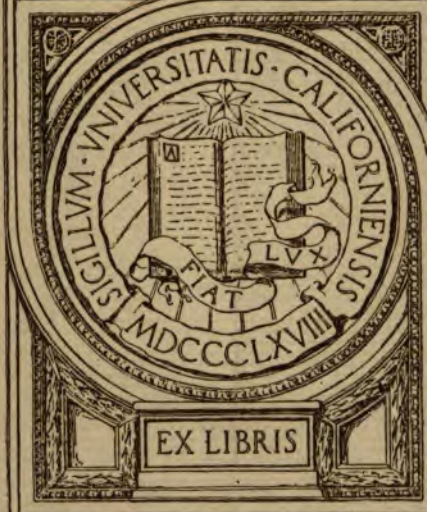
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

$B 27 864

GIFT OF
CHARLES H. SHINN



EX LIBRIS

UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

UNIV. OF
CALIFORNIA

Gustavo Adolfo Becquer

Recuerdo á mi estimado amigo
Don Jorge F. Goff, de su afmo.
José M. Piñeo
San Francisco de California
Diciembre y Enero de 1890

RIMAS

DE

Bécquer

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

NOVÍSIMA EDICIÓN AMERICANA

CONTENIENDO LA INTRODUCCIÓN Y EL ARTÍCULO TITULADO "LAS HOJAS SECAS" POR EL AUTOR, SU RESEÑA BIOGRÁFICA, SU RETRATO Y CUATRO HERMOSÍSIMOS GRABADOS

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA
THE HISTORY COMPANY,
LIBREROS EDITORES
1891

985
B398

UNIV. OF
CALIFORNIA

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

SOBRE LA NOVÍSIMA EDICIÓN AMERICANA

DE LAS

RIMAS DE BÉCQUER.

VARIAS son las ediciones que de las Rimas de Bécquer, han visto la luz en España y el extranjero y la presente, sin tener en cuenta las mejoras introducidas en ella, considera dadesde un punto de vista comercial, no daría lugar á hacerse esperanzas muy halagadoras. Convencidos, sin embargo, de que las ediciones corrientes tanto de lujo como económicas, son más ó menos defectuosas, nos hemos decidido á publicar ésta, después de haberla cotejado palabra por palabra, y verso por verso con el original, y la presentamos al público tal y como debe ser.

Con objeto de dar á conocer los trabajos en prosa producidos por Bécquer, damos á continuación del prólogo escrito por él mismo, un pequeño artículo verdadero suspiro de su alma, conocido por *Los hojas secas.*

89358

Creemos oportuno dar una reseña aunque ligera de la vida del tan sublime como malogrado poeta, y la extractamos del prólogo que para las *Obras de Gustavo A. Bécquer*, escribió su particular amigo, el aventajado escritor Don Ramón Rodríguez Correa.

LOS EDITORES.

San Francisco de California, Septiembre, 1890.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

RESEÑA BIOGRÁFICA

DE

GUSTAVO A. BÉCQUER.

NACIÓ BÉCQUER en Sevilla el 17 de Febrero de 1836, siendo su padre el célebre pintor é inspirado intérprete de las costumbres sevillanas. Á los cinco años de edad quedó huérfano de éste, empezando sus estudios de primeras letras en el colegio de San Antonio Abad; y á los nueve, entró en el de San Telmo para estudiar la carrera de náutica, quedando á poco huérfano de madre.

Á tal edad encargóse de Gustavo su madrina de bautismo, persona regularmente acomodada sin hijos ni parientes, por cuya razón le hubiera dejado sus bienes, á no haber él renunciado á todo por venir á Madrid á los diez y siete años y medio, con el objeto de conquistar gloria y fortuna. Quería su madrina hacer de él un honrado comerciante; pero aquel niño, que había aprendido á

dibujar: al mismo tiempo que á escribir, cuya desmedida afición á la lectura le hacía encontrar horizontes más anchos que el de la teneduría de libros, y que jamás pudo sumar de memoria, sólo encontraba aplausos para sus primeras poesías, lo cual le decidió á vivir de su trabajo, armonizándolo con la independencia de su carácter, y á venir á Madrid, como lo verificó el año 54, sin más elementos que los necesarios para el viaje.

Prolijo sería enumerar las peripecias de su vida monótona en desdichas. El año 57 se vió acometido de una horrible enfermedad, y para atender á ella y rebuscando entre sus papeles, hallé *El Caudillo de las manos rojas*, tradición india, que se publicó en *La Crónica*, siendo reproducida, con la singularidad de creerse que el título de *tradición*, era una errata de imprenta; pues todos los que la insertaron en España ó copiaron en el extranjero, la bautizaron con el nombre de *traducción* india. ¡Tan concienzudamente había sido hecho el trabajo!

Habíase propuesto Gustavo no mezclarse en política y vivir sólo de sus artículos literarios, pero como esto era difícil, tuvo que alternar los escritos con otros trabajos. De este género son las pinturas al fresco que deben existir en el palacio de los señores marqueses de Remisa, cosa que ignorará el propietario, pues encargó la obra á un pintor de adornos, que no sabiendo pintar las figuras, dió un jornal por ellos á Gustavo.

Para él, que sólo hallaba la atmósfera de su

alma en medio del arte, no existía la política de menudeo. Su corazón de artista, amamantado en la insigne escuela literaria de Sevilla, y desarrollado entre catedrales góticas, calados, ajimeces y vidrios de colores, vivía á sus anchas en el campo de la tradición; y encontrándose á gusto en una civilización completa, como lo fué la de la Edad Media, sus ideas arístico-políticas y su miedo al vulgo ignorante, le hacían mirar con predilección marcada todo lo aristocrático é histórico, sin que por esto se negara su clara inteligencia á reconocer lo prodigioso de la época en que vivía. Indolente, además, para las cosas pequeñas, y siendo los partidos de su país una de estas cosas, figuró en aquel donde tenía más amigos y en que más le hablaban de cuadros, de poesías, de catedrales, de reyes y de nobles. Incapaz de odios, no puso sus envidiables condiciones de escritor á servicio de la ira, que á haberlo hecho, más positivas hubieran sido sus ventajas y más doradas las cintas de su ataúd.

Más tarde nombrado fiscal de novelas, desempeñó su destino lo mejor que pudo, haciendo dimisión tan luego como cayó del poder la persona que había firmado su nombramiento, el Excmo. Sr. D. Luis González Brabo, apreciador sincero y leal del mérito de Gustavo.

El año 62, su hermano Valeriano, célebre ya en Sevilla por sus producciones pictóricas, vino á reunirse y á vivir con él, como en los años de su niñez trabajosa. Después de graves disgustos do-

mésticos que ambos experimentaron, cesante el poeta, el pintor sin la pensión, la muerte comenzó ó prepararles un recibimiento tan ingrato y oscuro, como el que tuvieron en los primeros pasos de su vida. Volvieron los ímprobos trabajos de los primeros días, el malestar de la hora presente, la cruel incertidumbre de lo cercano; pero la desdicha, tenía que habérselas con veteranos de sus rigores. Ambos hermanos unieron sus esfuerzos, y mientras el uno dibujaba admirablemente maderas para Gaspar y Roig, ó *La Ilustración de Madrid*, el otro traducía novelas insulsas ó escribía artículos originales, como el de *Las hojas secas*,* contentos con vivir juntos y llevar pan á sus tiernos hijos, hablando el pintor de sus futuros cuadros, para cuando tuviera lienzos, y el poeta de sus grandiosas concepciones, para verlas realizadas, cuando la perentoria necesidad del día no fuese precipitado final de sus ensueños.

Cuando ya habían conseguido unificando sus esfuerzos, organizar modesta manera de vivir; cuando un porvenir artístico é independiente les sonreía; cuando el trabajo comenzaba á ser en aquella casa el sosiego del precavido y no la precipitación del destajista; cuando ya se podía retratar á un amigo por obsequio, y escribir una oda por entusiasmo, la muerte de Valeriano tiñó de luto el alma de sus amigos y contaminó con su frío el corazón de Gustavo, siéndole tanto más sensible el golpe, cuanto más refractario era aquel

* Véase página 17.

espíritu ideal á la seca verdad del no ser. Herida sin cura aquel alma fuerte, pronto había de destruirse la débil materia que, á duras penas la había contenido.

Llegó por fin el fatal instante, el 22 de Diciembre de 1870, y pronunciando claramente sus labios trémulos las palabras ¡TODO . . . . MORTAL! . . . . exhaló su último suspiro y voló á su Creador aquel alma buena y pura, dotada cual ninguna, de tan no comunes facultades artísticas, y á la vez de tantas condiciones creadoras, unidas á un gusto tan exquisito y elevado.

El rápido examen de sus obras, hace ver lo bastante el carácter del genio para que se le señale un puesto entre nuestros escritores y poetas. Los que le conocíamos le admirábamos, más por lo que esperábamos de él, que por lo que había hecho. Puede decirse que todo lo que concibió está escrito al volar de la pluma, sin recogimiento previo de las facultades intelectuales, y entre la algazara de redacciones de periódicos, ó bajo el influjo de premiosos instantes. Esto mismo, que ve la luz pública tal cual lo hemos hallado, no pensaba él publicarlo sin corregirlo antes cuidadosamente, porque lo había escrito de prisa y como para que no se le olvidasen asuntos é ideas que no le parecían malos.

En cada punto de España que había visitado durante su vida artística, había levantado su fantasía poderosa, unida á su nada común saber, un mundo de tradiciones y de historias, sólo con ver

brillar el bordado manto de santa imagen, ó leyendo apenas una inscripción borrosa en oscuro rincón de arruinada abadía. Esto explica su estancia en el monasterio de Veruela, sus correrías por las provincias de Ávila y de Soria, y las venidas á Toledo, donde vivió un año, y en donde estuvo tres días, veinte antes de morir. Para él Toledo era sitio adorado de su inspiración.

La fecundidad é inventiva de Bécquer, eran prodigiosas; y puede decirse que esto perjudicó á la importancia de sus escritos. Su manera de concebir no era embrionaria, sino clara, motódica y precisa, tanto, que á sus imaginaciones sólo faltaba un taquígrafo; pero encariñado con ellas y no queriéndolas escribir con la precipitación del oficio, sino con el reposo del artista, íbalas dejando para cuando pudiera conseguirlo.

Todas las obras de Bécquer, fueron escritas, sin tomarse más tiempo para idearlas que aquel que tardaba en dibujar con la pluma lo que había de describir, ó ser objeto de su inspiración; y eran de ver los primores de sus cuartillas, festoneadas de torreones ruinosos, mujeres ideales, guerreros, tumbas, paisajes, esqueletos, arcos, guirnaldas y flores. Rara era la carta que salía de su mano sin ir llena de copias de lo que veía, ó caricaturas admirables sobre lo que narraba.

En el fondo de sus escritos hay lo que podría llamarse *realismo ideal*, único realismo posible en artes, si no han de ser mera imitación de la naturaleza ó anacronismo literario, y han de llevar el

sello de algo, creado por el artista. Sorprende á veces su semejanza con ciertos autores alemanes, porque sus producciones están pensadas y escritas con la razón y la imaginación, que son en aquellos inseparables; y como dos buenas hermanas entre las que no hay secretos, ni odios, reinando siempre en armonía inalterable, producto del largo uso de la libertad de conciencia. Vése en Gustavo dominar siempre la idea á la forma, por más que ésta sea brillante y riquísima y oculte en apariencia á aquella primorosamente.

Gustavo fué revolucionario, como los alemanes, pero no por imitación, sino dentro de la espontaneidad y del arte, cuyos límites, por dilatados que sean, no se pueden traspasar impunemente, aunque sí ensancharlos, siempre que la imaginación y la razón, la idea y la forma, vayan unidas, sin separarse un ápice una de otra. He aquí por qué se parece á los alemanes; porque llega á esos límites, y sabe y tiene poder para agrandarlos, lo cual consiguen muy pocos. Sus leyendas, que pueden competir con los cuentos de Hoffmán y de Grimm, y con las baladas de Ruckert y de Uhland, por muy fantásticas que sean, por muy imaginarias que parezcan, entrañan siempre un fondo tal de verdad, una idea tan real, que en medio de su forma y contextura extraordinarias, aparece espontáneamente un hecho que ha sucedido, ó puede suceder sin dificultad alguna, á poco que se analicen la situación de los personajes, el tiempo en que se agitan, ó las circunstancias que

les rodean. No son una idea filosófica que ocultan tal ó cual cosa y que quieren decir, esto, ó lo otro; nó: contienen una realidad que, para grabarse más profundamente en el corazón, hiere primero la fantasía con deslumbradoras apariencias, y, disipadas éstas, queda espontánea, fuerte y erguida.

Las rimas, en que á propósito parece huir de la ilusión del consonante y del metro, para no herir el ánimo del lector más que con la importancia de la idea, son, de un valor inapreciable en nuestra literatura. Como el *Intermezzo* de Heine, forman un poema, más ancho y completo que aquel, en que se encierra la vida de un poeta. Son, primero, las aspiraciones de un corazón ardiente, que busca en el arte la realización de sus deseos, dudando de su destino; después siéntese poeta, y no encontrando realizada su ilusión en la gloria, vuélvese espontáneamente hacia el amor, realismo del arte, y se entrega á él, y goza un momento, y sufre y llora, y desespera largos días, porque es condición humana, indiscutible como un hecho consumado, que el goce menor se paga aquí con los sufrimientos más atroces.

Tal fué Gustavo A. Bécquer, como poeta. Todo lo que atesoraba en su imaginación está dicho en el siguiente prólogo suyo.

INTRODUCCIÓN.

POR los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida á esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, á las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes á dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento á veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante á la de esas miriadas de gérmenes, que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir á la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados á morir conmigo, sin

que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que á la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida; y agitándose en formidable, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir á la luz, de entre las tinieblas en que viven. Pero ¡ay! que entre el mundo de la idea y el de la forma, existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra, tímida y perezosa, se niega á secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos é impotentes, después de la inútil lucha vuelven á caer en su antiguo marasmo. ¡Tal caen inertes en les surcos de las sendas, si cesa el viento, los hojas amarillas que levantó el remolino!

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación, explican algunas de mis fiebres; ellas son la causa, desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí, paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y á éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya como las raquíticas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso á las aguas profundas, que acabarán

por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables; os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estofa tejida de frases exquisitas, en la que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. Mas es imposible.

No obstante, necesito descansar; necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente á contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que aventa por el aire la muerte, antes que su Creador haya podido pronunciar el *fiat lux* que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis á pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque á la vida de la realidad, del limbo en que vivís, semejantes á fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan, á la vez que el instrumento,

las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza á flaquear, y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales. Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han muerto ó han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si *morir es dormir*, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengáis á ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado á la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo á cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él, como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora á otra puede desligarse el espíritu de la materia, para remontarse á regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanco, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

Junio de 1868.

LAS HOJAS SECAS.

EL sol se había puesto: las nubes, que cruzaban hechas girones sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas á mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba á punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced á una serie de abstraciones, el espíritu se sustrae á cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo, analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos

UNI
OF CALIFORN

de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser, y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos, cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más ó menos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo de la interminable llanura. ¿Y tu?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del

río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y trasparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libelulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados, bordes á contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oir embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oirle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotras su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los denfendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

— Una hermosa tarde en que todo parecía sonreir á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. Él le decía con ternura: ¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento de egoismo, le respondío ella, enjugándose una lágrima; lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo

se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena! —¿ Y por qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido.—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿ quién sabe adónde?

—Yo lo oí y tú lo oiste, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—Á poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libelulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que antes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pie de indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación ví, sólo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—¡Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella duerme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje?...

—¡Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve á soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adiós, hermana!

—¡Adiós! . . . . . .

. . . . . .

Silbó el aire que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose á lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recórdase, no encontraría palabras para decirlo.

RIMAS.

I

YO sé un himno gigante y extraño
Que anuncia en la noche del alma una aurora,
Y estas páginas son de ese himno
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
Domando el rebelde, mezquino idioma
Con palabras que fuesen á un tiempo
Suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
Capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh hermosa!
Si, teniendo en mis manos las tuyas,
Pudiera, al oído, cantártelo á solas.

II

SAETA que voladora
Cruza, arrojada al azar,
Sin adivinarse dónde
Temblando se clavará;

Hoja que del árbol seca
Arrebata el vendaval,
Sin que nadie acierte el surco
Donde á caer volverá;

Gigante ola que el viento
Riza y empuja en el mar,
Y rueda y pasa, y no sabe
Qué playa buscando va;

Luz que en cercos temblorosos
Brilla, próxima á espirar,
Ignorándose cuál de ellos
El último brillará;

Eso soy yo, que al acaso
Cruzo el mundo, sin pensar
De dónde vengo, ni á dónde
Mis pasos me llevarán.

III

SACUDIMIENTO extraño
Que agita las ideas,
Como huracán que empuja
Las olas en tropel;

Murmullo que en el alma
Se eleva y va creciendo,
Como volcán que sordo
Anuncia que va á arder;

Deformes silüetas
De séres imposibles;
Paisajes que aparecen
Como á través de un tul;

Colores que fundiéndose
Remedan en el aire
Los átoms del Iris,
Que nadan en la luz;

Ideas sin palabras,
Palabras sin sentido;
Cadencias que no tienen
Ni ritmo ni compás;

Memorias y deseos
De cosas que no existen;
Accesos de alegría,
Impulsos de llorar;

Actividad nerviosa
Que no halla en qué emplearse;
Sin riendas que le guíen
Caballo volador;

Locura que el espíritu
Exalta y enardece;
Embrïaguez divina
Del genio creador. . . . .
¡Tal es la inspiración!

Gigante voz que el caos
Ordena en el cerebro,
Y entre las sombras hace
La luz aparecer;

Brillante rienda de oro,
Que poderosa enfrena
De la exaltada mente
El volador corcel;

Hilo de luz que en haces
Los pensamientos ata;
Sol que las nubes rompe
Y toca en el zenit;

Inteligente mano,
Que en un collar de perlas
Consigue las indóciles
Palabras reunir;

Armonïoso ritmo,
Que con cadencia y número
Las fugitivas notas
Encierra en el compás;

Cincel que el bloque muerde
La estatua modelando,
Y la belleza plástica
Añade á la ideal;

Atmósfera en que giran
Con orden las ideas,
Cual átomos que agrupa
Recóndita atracción;
Raudal en cuyas ondas
Su sed la fiebre apaga;
Oásis que al espíritu
Devuelve su vigor. . . . .
¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre en lucha
Y de ambas vencedor,
Tan sólo el genio puede
Á un yugo atar las dos.

IV

NO digáis que agotado su tesoro,
De asuntos falta, enmudeció la lira:
Podrá no haber poetas; pero siempre
Habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve
Perfumes y armonías;
Mientras haya en el mundo primavera,
Habrá poesía.

Mientras la ciencia á descubrir no alcance
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en el cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;

Mientras la humanidad siempre avanzando
No sepa á dó camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
Habrá poesía.

Mientras sintamos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;
Mientras se llore, sin que el llanto acuda
Á nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
Habrá poesía.

Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran;
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;

Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
Habrá poesía.

V

ESPÍRITU sin nombre,
Indefinible esencia,
Yo vivo con la vida
Sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
Del sol tiemblo en la hoguera,
Palpito entre las sombras
Y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
De la lejana estrella:
Yo soy de la alta luna
La luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube
Que en el ocaso ondea,
Yo soy del astro errante
La luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
Soy fuego en las arenas,
Azul onda en los mares,
Y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota,
Perfume en la violeta,
Fugaz llama en las tumbas
Y en las rüinas hiedra.

Yo atrueno en el torrente,
Y silbo en la centella,
Y ciego en el relámpago,
Y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,
Susurro en la alta yerba,
Suspiro en la onda pura,
Y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos
Del humo que se eleva
Y al cielo lento sube
En espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos
Que los insectos cuelgan,
Me mezco entre los árboles,
En la ardorosa siesta.

Yo corro trás las ninfas
Que en la corriente fresca
Del cristalino arroyo
Desnudas juguetean.

Yo, en bosques de corales,
Que alfombran blancas perlas,
Persigo en el Océano
Las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,
Do el sol nunca penetra,
Mezclándome á los gnomos,
Contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
Las ya borradas huellas,
Y sé de esos imperios
De que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo
Los mundos que voltean,
Y mi pupila abarca
La creación entera.

Yo sé de esas regiones
Á do un rumor no llega,
Y donde informes astros
De vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
El puente que atraviesa;
Yo soy la ignota escala
Que el cielo une á la tierra.

Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
Al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
Desconcida esencia,
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta.

VI

COMO la brisa que la sangre orea
Sobre el oscuro campo de batalla,
Cargada de perfumes y armonías
En el silencio de la noche vaga;

Símbolo del dolor y la ternura,
Del bardo inglés en el horrible drama,
La dulce Ofelia, la razón perdida,
Cogiendo flores y cantando pasa.

VII

DEL salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé, ¡cúantas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga; "¡Levántate y anda!"

VIII

CUANDO miro el azul horizonte
Perderse á lo lejos,
Al través de una gasa de polvo
Dorado é inquieto;
Me parece posible arrancarme
Del mísero suelo,
Y flotar con la niebla dorada
En átomos leves
Cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
Oscuro del cielo
Las estrellas temblar, como ardientes
Pupilas de fuego;
Me parece posible á do brillan
Subir en un vuelo,
Y anegarme en su luz, y con ellas
En lumbre encendido
Fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
Ni aun sé lo que creo;
Sin embargo, estas ansias me dicen
Que yo llevo algo
Divino aquí dentro!

IX

BESA el aura que gime blandamente
Las leves ondas que jugando riza;
El sol besa á la nube en Occidente,
Y de púrpura y oro la matiza;
La llama en derredor del tronco ardiente
Por besar á otra llama se desliza,
Y hasta el sáuce, inclinándose á su peso,
Al río que le besa, vuelve un beso.

X

LOS invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran. . . . . ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

XI

—YO soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy el símbolo de la pasión;
De ansia de goces mi alma está llena.
—¿Á mí me buscas?—No es á tí; nó.

—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro;
Puedo brindarte dichas sin fin;
Yo de ternura guardo un tesoro.
—¿Á mí me llamas?—Nó; no es á tí.

—Yo soy un sueño, un imposible
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible,
No puedo amarte.—¡Oh, ven; ven tú!

XII

PORQUE son, niña, tus ojos
Verdes como el mar, te quejas:
Verdes los tienen las náyades,
Verdes los tuvo Minerva,
Y verdes son las pupilas
De las hurís del Profeta.

El verde es gala y ornato
Del bosque en la primavera.
Entre sus siete colores
Brillante el Iris lo ostenta.
Las esmeraldas son verdes,
Verde el color del que espera,
Y las ondas del Océano,
Y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana
Rosa de escarcha cubierta,
En que el carmín de los pétalos

Se vé al través de las perlas.
Y sin embargo
Sé que te quejas,
Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que parecen tus pupilas,
Húmedas, verdes é inquietas,
Tempranas hojas de almendro,
Que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes
Purpúrea granada abierta,
Que en el estío convida
Á apagar la sed en ella.
Y sin embargo
Sé que te quejas,
Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que parecen, si enojada
Tus pupilas centellean,
Las olas del mar que rompen
En las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona
Crespo el oro en ancha trenza,
Nevada cumbre en que el día
Su postrera luz refleja.
Y sin embargo
Sé que te quejas,

Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que, entre las rubias pestañas,
Junto á las sienes, semejan
Broches de esmeraldas y oro,
Que un blanco armiño sujetan.

XIII

TU pupila es azul, y cuando ríes,
Su claridad suave me recuerda
El trémulo fulgor de la mañana
Que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras
Las transparentes lágrimas en ella
Se me figuran gotas de rocío
Sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo,
Como un punto de luz radia una idea,
Me parece en el cielo de la tarde
Una perdida estrella.

XIV

TE ví un punto, y, flotando ante mis ojos,
La imagen de tus ojos se quedó,
Como la mancha oscura, orlada en fuego,
Que flota y ciega, si se mira al sol.

Á donde quiera que la vista fijo,
Torno á ver tus pupilas llamear;
Mas no te encuentro á tí; que es tu mirada:
Unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro
Desasidos, fantásticos lucir:
Cuando duermo, los siento que se ciernen
De par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
Llevan al caminante á perecer;
Yo me siento arrastrado por tus ojos,
Pero adónde me arrastran, no lo sé.

XV

CENDAL flotante de leve bruma
Rizada cinta de blanca espuma,
Rumor sonoro
De arpa de oro,
Beso del áura, onda de luz,
Eso eres tú.

Tú, sombra aérea que, cuantas veces
Voy á tocarte, te desvaneces
Como la llama, como el sonido,
Como la niebla, como el gemido
Del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
En el vacío cometa errante,
Largo lamento
Del ronco viento,
Ansia perpetua de algo mejor:
Eso soy yo.

Yo, que á tus ojos en mi agonía
Los ojos vuelvo de noche y día;
Yo, que incansable corro y demente
Trás una sombra, trás la hija ardiente
De una visión!

XVI

SI al mecer las azules campanillas
De tu balcón,
Crees que suspirando pasa el viento
Murmurador,
Sabe que, oculto entre las verdes hojas,
Suspiro yo.

Si al resonar confuso á tus espaldas
Vago rumor,
Crees que por tu nombre te ha llamado
Lejana voz,
Sabe que, entre las sombras que te cercan,
Te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche
Tu corazón,
Al sentir en tus labios un aliento
Abrasador,
Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
Respiro yo.

XVII

HOY la tierra y los cielos me sonríen;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto . . . la he visto y me ha mirado . . .
¡Hoy creo en Dios!

XVIII

FATIGADA del baile,
Encendido el color, breve el aliento,
Apoyada en mi brazo,
Del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa
Que levantaba el palpitante seno,
Una flor se mecía
En compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar
Que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
Tal vez allí dormía
Al soplo de sus labios entreabiertos.

—¡Oh! ¿Quién así, pensaba,
Dejar pudiera deslizarse el tiempo?
¡Oh, si las flores duermen,
Qué dulcísimo sueño!

XIX

CUANDO sobre el pecho inclinas
La melancólica frente,
Una azucena tronchada
Me pareces.

Porque al darte la púreza,
De que es símbolo celeste,
Como á ella, te hizo Dios
De oro y nieve.

XX

SABE, si alguna vez tus labios rojos
Quema invisible atmósfera abrasada,
Que el alma que hablar puede con los ojos,
También puede besar con la mirada.

XXI

¡QUÉ es poesía? dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía . . . . eres tú.

XXII

¿CÓMO vive esa rosa que has prendido
Junto á tu corazón?
Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
Sobre el volcán la flor.

XXIII

POR una mirada, un mundo,
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso . . . . ¡yo no sé
Qué te diera por un beso!

XXIV

DOS rojas lenguas de fuego
Que, á un mismo tronco enlazadas,
Se aproximan, y al besarse
Forman una sola llama;

Dos notas que del laúd
Á un tiempo la mano arranca,
Y en el espacio se encuentran
Y armonïosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
Á morir sobre una playa,
Y que al romper se coronan
Con un penacho de plata;

Dos girones de vapor
Que del lago se levantan,
Y al juntarse allá en el cielo,
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,
Dos besos que á un tiempo estallan,
Dos ecos que se confunden . . . .
Eso son nuestras dos almas.

XXV

CUANDO en la noche te envuelven
Las alas de tul del sueño,
Y tus tendidas pestañas
Semejan arcos de ébano;
Por escuchar los latidos
De tu corazón inquieto,
Y reclinar tu dormida
Cabeza sobre mi pecho,
Diera, alma mía,
Cuanto poseo,
La luz, el aire
Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
En un invisible objeto,
Y tus labios ilumina
De una sonrisa el reflejo;
Por leer sobre tu frente
El callado pensamiento

Que pasa como la nube
Del mar sobre el ancho espejo,
Diera, alma mía,
Cuanto deseo;
La fama, el oro,
La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua,
Y se apresura tu aliento,
Y tus mejillas se encienden,
Y entornas tus ojos negros;
Por ver entre sus pestañas
Brillar con húmedo fuego
La ardiente chispa que brota
Del volcán de los deseos,
Diera, alma mía,
Por cuanto espero,
La fe, el espíritu,
La tierra, el cielo!

XXVI

VOY contra mi interés al confesarlo;
Pero yo, amada mía,
Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
De un billete del Banco al dorso escrita.

No faltará algún necio que al oirlo
Se haga cruces y diga:
"Mujer al fin del siglo diez y nueve,
Material y prosáica" . . . . ¡Bobería!

¡Voces que hacen correr cuatro poetas
Que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros á la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
Con genio, es muy contado quien *la escribe;*
Y con oro, cualquiera *hace* poesía.

XXVII

DESPIERTA, tiemblo al mirarte;
Dormida, me atrevo á verte;
Por eso, alma de mi alma,
Yo velo mientras tú duermes.

Despierta ríes; y al reir, tus labios
Inquietos me parecen
Relámpagos de grana que serpean
Sobre un cielo de nieve.

Despierta, los extremos de tu boca
Pliega sonrisa leve,
Suave como el rastro luminoso
Que deja un sol que muere . . . .
—¡Duerme!

Despierta, miras, y, al mirar, tus ojos
Húmedos resplandecen,
Como la onda azul en cuya cresta
Chispeando el sol hiere.

Al traves de tus párpados, dormida,
Tranquilo fulgor viertes,
Cual derrama de luz templado rayo
Lámpara transparente . . . .
—¡Duerme!

Despierta, hablas, y, al hablar, vibrantes
Tus palabras parecen
Lluvia de perlas que en dorada copa
Se derrama á torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
Acompasado y ténue,
Escucho yo un poema, que mi alma
Enamorada entiende . . . .
—¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
Me he puesto, porque no suene
Su latido, y de la noche
Turbe la calma solemne,

De tu balcón las persianas
Cerré ya, porque no entre
El resplandor enojoso
De la aurora, y te despierte . . . .
—¡Duerme!

XXVIII

CUANDO entre la sombra oscura
Perdida una voz murmura
Turbando su triste calma,
Si en el fondo de mi alma
La oigo dulce resonar;
Díme: ¿Es que el viento en sus giros
Se queja, ó que tus suspiros
Me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana
Rojo brilla á la mañana,
Y mi amor tu sombra evoca,
Si en mi boca de otra boca
Sentir creo la impressión:
Díme: ¿es que ciego deliro,
Ó que un beso en un suspiro
Me envía tu corazón?

Si en el luminoso día,
Y en la alta noche sombría;
Si en todo cuanto rodea
Al alma que te desea
Te creo sentir y ver;
Díme: ¿es que toco y respiro
Soñando, ó que en un suspiro
Me das tu aliento á beber?

XXIX

SOBRE la falda tenía
El libro abierto;
En mi mejilla tocaban
Sus rizos negros;
No veíamos las letras
Ninguno, creo;
Mas guardábamos ambos
Hondo silencio.
¿Cuánto duró? Ni aun entonces
Pude saberlo;
Sólo sé que no se oía
Más que el aliento,
Que apresurado escapaba
Del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos
Los dos á un tiempo,
Y nuestros ojos se hallaron,
Y sonó un beso!

. . . . . .

. . . . . .

Creación de Dante era el libro,
Era su *Infierno*.
Cuando á él bajamos los ojos,
Yo dije trémulo:
¿Comprendes ya que un poema
Cabe en un verso?
Y ella respondió encendida:
—¡Ya lo comprendo!

XXX

ASOMABA á sus ojos una lágrima
Y á mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios espiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?

XXXI

NUESTRA pasión fué un trágico sainete
En cuya absurda fábula
Lo cómico y lo grave confundidos
Risas y llanto arrancan.

Pero fué lo peor de aquella historia
Que al fin de la jornada,
Á ella tocaron lágrimas y risas,
Y á mí sólo las lágrimas!

XXXII

PASABA arrolladora en su hermosura,
Y el paso la dejé:
Ni aun á mirarla me volví, y no obstante
Algo á mi oído murmuró: "*esa es.*"

¿ Quién reunió la tarde á la mañana ?
Lo ignoro: sólo sé
Que en una breve noche de verano
Se unieron los crespúsculos, y . . . "*fué.*"

XXXIII

ES cuestión de palabras, y no obstante
Ni tú ni yo jamás
Después de le pasado, convendremos
En quién la culpa está.

¡ Lástima que el amor un diccionario
No tenga donde hallar
Cuándo el orgullo es simplemente orgullo,
Y cuándo es dignidad!

XXXIV

CRUZA callada, y son sus movimientos
Silenciosa armonía:
Suenan sus pasos y, al sonar, recuerdan
Del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos
Tan claros como el día;
Y la tierra y el cielo, cuanto abarcan
Arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas
Del agua fugitiva;
Llora, y es cada lágrima un poema
De ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
El color y la línea,
La forma, engendradora de deseos,
La expresión, fuente eterna de poesía.

¿Qué es estúpida? . . . ¡Bah! mientras callando
Guarde oscuro el enigma,
Siempre valdrá, á mi ver, lo que ella calla
Más que lo que cualquiera otra me diga.

XXXV

¡NO me admiró tu olvido! Aunque de un día,
Me admiró tu cariño mucho más;
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso . . . . ni lo pudiste sospechar!

XXXVI

SI de nuestros agravios en un libro
Se escribiese la historia,
Y se borrase en nuestras almas cuanto
Se borrase en sus hojas;

¡Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho
Tu amor huellas tan hondas,
Que sólo con que tú borrases una,
Las borraba yo todas!

XXXVII

ANTES que tú me moriré: escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
La ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu
En su empeño tenaz,
Sentándose á las puertas de la muerte,
Allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
Los años volarán,
Y á aquella puerta llamarás al cabo . . .
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán;

Allí, donde el murmullo de la vida
Temblando á morir va,
Como la ola que á la playa viene
Silenciosa á espirar;

Allí, donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad . . . .
Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar!

XXXVIII

LOS suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Díme, mujer: cuando el amor se olvida
¿Sabes tú á dónde va?

XXXIX

¿A QUÉ me lo decís? lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma,
Brotará el agua de la estéril roca.
Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada . . . pero . . .
¡Es tan hermosa!!

XL

SU mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mi hombro,
¡Dios sabe cuántas veces,
Con paso perezoso,
Hemos vagado juntos
Bajo los altos olmos,

Que de su casa prestan
Misterio y sombra al pórtico!
Y ayer . . . . un año apenas,
Pasado como un soplo,
¡Con qué exquisita gracia,
Con qué admirable aplomo,
Me dijo, al presentarnos
Un amigo oficioso:
"—Creo que en alguna parte
He visto á usted.—" ¡Ah! bobos,
Que sois de los salones
Comadres de buen tono,
Y andáis por allí á caza
De galantes embrollos:
¡Qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso
Para ser devorado
Sotto voce en un corro
Detrás del abanico
De plumas y de oro!

. . . . . .

Discreta y casta Luna,
Copudos y altos olmos,
Paredes de su casa,
Umbrales de su pórtico,
Callad, y que el secreto
No salga de vosotros!
Callad; que por mi parte
Lo he olvidado todo:
Y ella . . . ella . . . ¡no hay máscara
Semejante á su rostro!

XLI

TÚ eras el huracán, y yo la alta
Torre que desafía su poder:
¡Tenías que estrellarte ó abatirme! . . .
¡No pudo ser!

Tú eras el Oceano, y yo la enhiesta
Roca que firme aguarda su vaivén:
¡Tenías que romperte ó que arrancarme! . . . .
¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
Uno á arrollar, el otro á no ceder:
La senda estrecha, inevitable el choque . . .
¡No pudo ser!

XLII

CUANDO me lo contaron sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche:
En ira y en piedad se anegó el alma . . . .
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor . . . . con pena
Logré balbucear breves palabras . . . .
¿Quién me dió la noticia? . . . Un fiel amigo . . .
¡Me hacía un gran favor! . . . Le dí las gracias.

XLIII

DEJÉ la luz á un lado, y en el borde
De la revuelta cama me senté,
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
Clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
La embriaguez horrible del dolor,
Espiraba la luz, y en mis balcones
Reía el sol.

Ni sé tampoco, en tan terribles horas,
En qué pensaba ó qué pasó por mí;
Sólo recuerdo que lloré y maldije,
Y que en aquella noche envejecí!

XLIV

COMO en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo:
¿Á qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre . . . y también lloro!

XLV

EN la clave del arco mal seguro,
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
Obra de cincel rudo, campeaba
El gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,
La hiedra que colgaba en derredor
Daba sombra al escudo, en que una mano
Tenía un corazón.

Á contemplarle en la desierta plaza
Nos paramos los dos;
Y "ése! me dijo, es el cabal emblema
De mi constante amor."

¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:
Verdad que el corazón
Lo llevará en la mano . . . en cualquier parte . . .
Pero en el pecho, nó!

XLVI

ME ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme á sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida; ¿y por qué?
Porque no brota sangre de la herida . . . .
¡Porque el muerto está en pie!

UNI OF CAL

XLVII

YO me he asomado á las profundas simas
De la tierra y del cielo,
Y les he visto el fin ó con los ojos,
Ó con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
Y me incliné por verlo,
Y mi alma y mis ojos se turbaron:
¡Tan hondo era y tan negro!

XLVIII

COMO se arranca el hierro de una herida,
Su amor de las entrañas me arranqué,
Aunque sentí al hacerlo que la vida
Me arrancaba con él.

Del altar que la alcé en el alma mía
La voluntad su imagen arrojó,
Y la luz de la fe que en ella ardía
Ante el ara desierta se apagó.

Aún para combatir mi firme empeño
Viene á mi mente su visión tenaz . . . .
¡Cuándo podré dormir con ese sueño
En que acaba el soñar!!

XLIX

ALGUNA vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto á mí;
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿Cómo puede reir?

Luego asoma á mi labio otra sonrisa,
Máscara del dolor,
Y entonces pienso:—Acaso ella se ríe,
Como me río yo.

L

LO que el salvaje, que con torpe mano
Hace de un tronco á su capricho un dios,
Y luego ante su obra se arrodilla,
Eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales á un fantasma,
De la mente ridícula invención,
Y hecho el ídolo ya, sacrificamos
En su altar nuestro amor!

LI

DE lo poco de vida que me resta
Diera con gusto los mejores años,
Por saber lo que á otros,
De mí has hablado.

Y esta vida mortal . . . . y de la eterna
Lo que me toque, si me toca algo,
Por saber lo que á solas
De mí has pensado.

LII 35

OLAS gigantes que os rompéis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, á donde el vértigo
Con la razón me arranque la memória . . . .
¡Por piedad! . . . . ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor á solas!

LIII 38

VOLVERÁN las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán;

"¡Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras!"

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres . . .
Esas . . . ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día . . .
Esas . . . ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oidos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido . . . desengáñate,
Así no te querrán!

LIV

CUANDO volvemos las fugaces horas
Del pasado á evocar,
Temblando brilla en sus pestañas negras
Una lágrima pronta á resbalar.

Y al fin resbala, y cae como gota
De rocío, al pensar
Que, cual hoy por ayer, por hoy mañana,
Volveremos los dos á suspirar.

LV (9)

ENTRE el discorde estruendo de la orgía
Acarició mi oído,
Como nota de música lejana,
El eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,
Formado de un aliento que he bebido,
Perfume de una flor, que oculta crece
En un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,
—¿En qué piensas? me dijo.
—En nada . . . —¿En nada, y lloras?—Es que tengo
Alegre la tristeza y triste el vino.

LVI

HOY como ayer, mañana como hoy,
Y siempre igual!
Un cielo gris, un horizonte eterno,
Y andar . . . andar!

Moviéndose á compás, como una estúpida
Máquina, el corazón:
La torpe inteligencia del cerebro
Dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,
Buscándole sin fe;
Fatiga sin objeto, ola que rueda
Ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono
Canta el mismo cantar;
Gota de agua monótona que cae,
Y cae sin cesar!

Así van deslizándose los días
Unos de otros en pos,
Hoy lo mismo que ayer . . . y todos ellos
Sin goce ni dolor.

¡Ay! á veces me acuerdo suspirando
Del antiguo sufrir . . .
Amargo es el dolor; pero siquiera
Padecer es vivir!

LVII

ESTE armazón de huesos y pellejo,
De pasear una cabeza loca
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;
Pues aunque es la verdad que no soy viejo,
De la parte de vida que me toca
En la vida del mundo, por mi daño
He hecho un uso tal, que juraría
Que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,
No podría decir que no he vivido;
Que el sayo, al parecer nuevo por fuera,
Conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese á mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que al pasar, su horrible huella
Graba en el corazón, si no en la frente.

LVIII

¿QUIERES que de ese néctar delicioso
No te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale á tus labios,
Y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce
Memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
Digámonos *¡adiós!*

LIX

YO sé cual el objeto
De tus suspiros es;
Yo conozco la causa de tu dulce
Secreta languidez.
¿Te ríes? . . . . Algún día
Sabrás, niña, por qué:
Tú acaso lo sospechas,
Y yo lo sé.

Yo sé lo que tú sueñas,
Y lo que en sueños ves;
Como en un libro puedo, lo que callas
En tu frente leer.
¿Te ríes? . . . . Algún día
Sabrás, niña, por qué;
Tú acaso lo sospechas,
Y yo lo sé.

Yo sé por qué sonríes
Y lloras á la vez:
Yo penetro en los senos misteriosos
De tu alma de mujer.
¿Te ríes? . . . . Algún día
Sabrás, niña, por qué;
Mientras tú sientes mucho y nada sabes,
Yo que no siento ya, todo le sé.

LX

MI vida es un erial:
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

LXI

AL ver mis horas de fiebre
É insomnio lentas pasar,
Á la orilla de mi lecho,
¿Quién se sentará?

Cuando la trémula mano
Tienda, próximo á espirar,
Buscando una mano amiga,
¿ Quién la estrechará ?

Cuando la muerte vidríe
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos,
¿ Quién los cerrará ?

Cuando la campana suene
(Si suena en mi funeral),
Una oración al oirla,
¿ Quién murmurará ?

Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa,
¿ Quién vendrá á llorar ?

¿ Quién, en fin, al otro día,
Cuando el sol vuelva á brillar,
De que pasé por el mundo,
¿ Quién se acordará ?

LXII

PRIMERO es un albor trémulo y vago,
Raya de inquieta luz que corta el mar;
Luego chispea y crece y se dilata
En ardiente explosión de claridad.

La brilladora luz es la alegría,
La temerosa sombra es el pesar:
¡Ay! en la oscura noche de mi alma,
¿Cuándo amanecerá?

LXIII

COMO enjambre de abejas irritadas,
De un oscuro rincón de la memoria
Salen á perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
Me rodean, me acosan,
Y unos tras otros á clavarme vienen
El agudo aguijón que el alma encona!

LXIV

COMO guarda el avaro su tesoro,
Guardaba mi dolor;
Yo quería probar que hay algo eterno
Á la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
Que le agotó, decir:
¡Ah, barro miserable, eternamente
No podrás ni aun sufrir!

LXV

LLEGÓ la noche y no encontré un asilo;
¡Y tuve sed! . . . Mis lágrimas bebí;
¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
Cerré para morir!

¡Estaba en un desierto! Aunque á mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre . . . ¡El mundo estaba
Desierto . . . para mí!

LXVI

¿DE dónde vengo? . . . El más horrible y áspero
De los senderos busca;
Las huellas de unos pies ensangrentados
Sobre la roca dura;
Los despojos de un alma hecha girones
En las zarzas agudas,
Te dirán el camino
Que conduce á mi cuna.

¿Á dónde voy? El más sombrío y triste
De los páramos cruza,
Valle de eternas nieves y de eternas
Melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
Sin inscripción alguna,
Donde habite el olvido,
Allí estará mi tumba.

LXVII

¡QUÉ hermoso es ver el día
Coronado de fuego levantarse,
Y á su beso de lumbre
Brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia
Del triste otoño en la azulada tarde,
De las húmedas flores
El perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos
La blanca nieve silenciosa cae,
De las inquietas llamas
Ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
Dormir bien . . . y roncar como un sochantre . . .
Y comer . . . y engordar! . . . ¡y qué desgracia
Que eso sólo no baste!

LXVIII

NO sé lo que he soñado
En la noche pasada;
Triste, muy triste debió ser el sueño,
Pues despierto la angustia me duraba.

Noté, al incorporarme,
Húmeda la almohada,
Y por primera vez sentí, al notarlo,
De un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño
Que llanto nos arranca;
Mas tengo en mi tristeza una alegría . . . .
Sé que aún me quedan lágrimas.

LXIX

AL brillar un relámpago nacemos,
Y aún dura su fulgor cuando morimos!
¡Tan corto es el vivir!

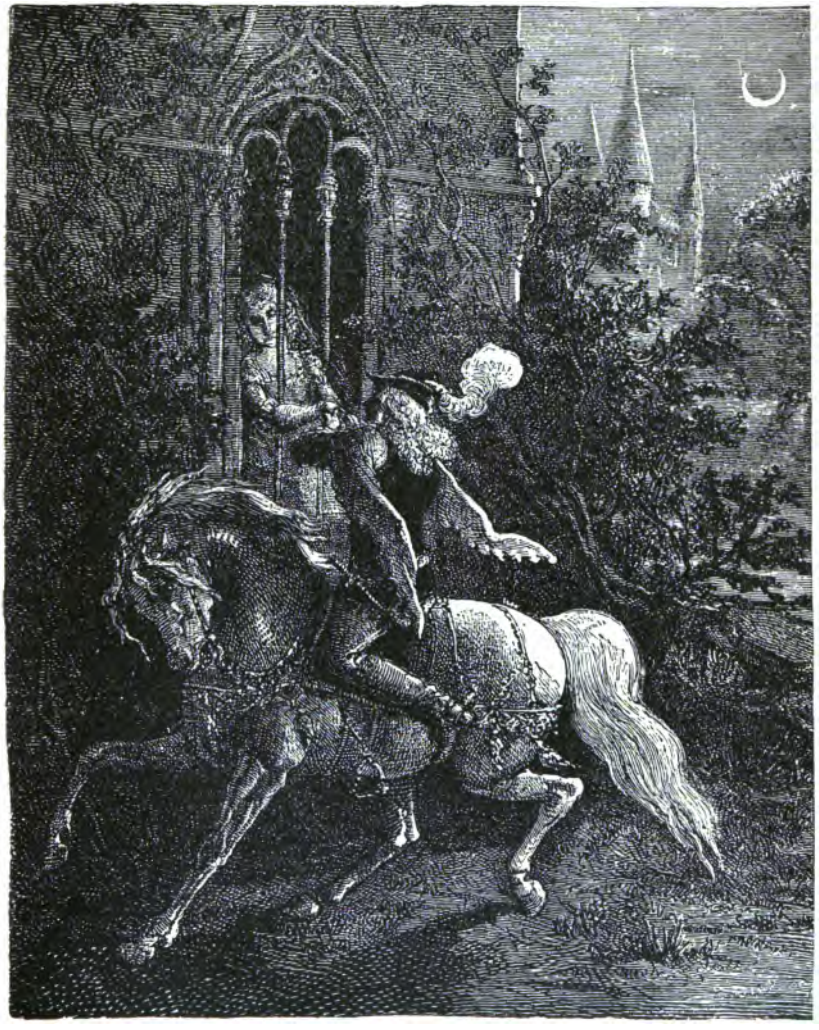
La gloria y el amor tras que corremos,
Sombras de un sueño son que perseguimos:
¡Despertar es morir!

LXX

CUÁNTAS veces al pié de las musgosas
Paredes que la guardan,
Oí la esquila que al mediar la noche
Á los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
La luna plateada,
Junto á la del ciprés, que de su huerto
Se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
De su ojiva calada,
¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios
Ví el fulgor de la lámpara!



"Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
De su ojiva calada,
¡ Cuántas veces temblar sobre los vidrios
Ví el fulgor de la lámpara !"

Aunque el viento en los ángulos oscuros
De la torre silbara,
Del coro entre las voces percibía
Su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso,
Por la desierta plaza
Se atrevía á cruzar, al divisarme
El paso aceleraba.

Y no faltó una vieja, que en el torno
Dijese á la mañana,
Que de algún sacristán muerto en pecado
Acaso era yo el alma.

Á oscuras conocía los rincones
Del atrio y la portada;
De mis pies las ortigas que allí crecen
Las huellas tal vez guardan.

Los buhos que espantados me seguían
Con sus ojos de llamas,
Llegaron á mirarme con el tiempo
Como á un buen camarada.

Á mi lado sin miedo los reptiles
Se movían á rastras;
¡Hasta los mudos santos de granito
Ví que me saludaban!

LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vigilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa
Daban vueltas en torno á mi cerebro,
Poco á poco en su danza se movían
Con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos
Los párpados velaban el reflejo,
Mas otra luz el mundo de visiones
Alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído
Un rumor semejante al que en el templo
Vago confuso, al terminar los fieles
Con un *Amén* sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste
Que por mi nombre me llamó á lo lejos,
Y sentí olor de cirios apagados,
De humedad y de incienso.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Entró la noche, y del olvido en brazos
Caí, cual piedra, en su profundo seno:
Dormí, y al despertar exclamé: "¡Alguno
Que yo quería ha muerto!"[1]

LXXII

PRIMERA VOZ.

—LAS ondas tienen vaga armonía,
Las violetas suave olor,
Brumas de plata la noche fría,
Luz y oro el día,
Yo algo mejor:
¡Yo tengo *amor!*

SEGUNDA VOZ.

—Aura de aplausos, nube radiosa,
Ola de envidia que besa el pie,
Isla de sueños donde reposa
El alma ansiosa,
¡Dulce embriaguez
La *Gloria* es!

TERCERA VOZ.

—Ascua encendida es el tesoro,
Sombra que huye la vanidad.
Todo es mentira: la gloria, el oro.
Lo que yo adoro
Sólo es verdad:
¡La *Libertad!*

Así los barqueros pasaban cantando
La eterna canción,
Y al golpe del remo saltaba la espuma
Y heríala el sol.

¿Te embarcas? gritaban; y yo sonriendo
Les dije al pasar:
—Há tiempo lo hice; por cierto que aún tengo
La ropa en la playa tendida á secar!

LXXIII

CERRARON sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intérvalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Con sus mil rüidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
"*¡Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!!"

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,

Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba . . . .
Que pensé un momento:
" ¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos !!"

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luégo,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
El sepulturero,
Cantando entre dientes,
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,

Medité un momento:
" *¡Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!!"

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crugir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
Á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos! . . .
. . . . . .
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

LXXIV

LAS ropas desceñidas
Desnudas las espadas,
En el dintel de oro de la puerta
Dos ángeles velaban.

Me aproximé á los hierros
Que defienden la entrada,
Y de las dobles rejas en el fondo
La ví confusa y blanca.

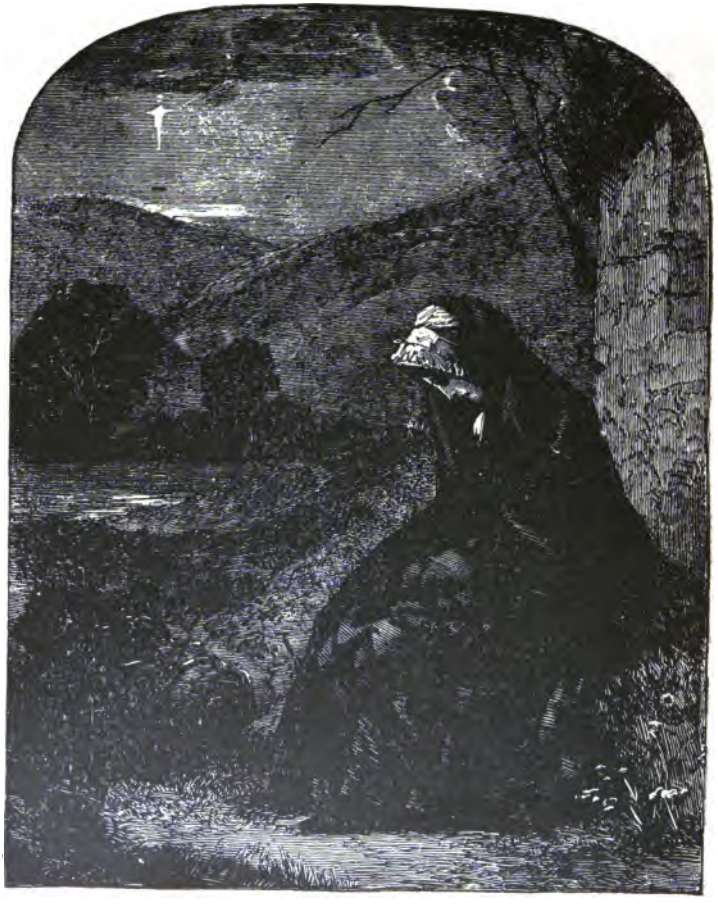
La ví como la imagen
Que en leve ensueño pasa,
Como rayo de luz, ténue y difuso,
Que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
Deseo llena el alma:
¡Como atrae un abismo, aquel misterio
Hacia sí me arrastraba!

Mas ¡ay! que de los ángeles
Parecían decirme las miradas:
—El umbral de esta puerta
Sólo Dios lo traspasa!

LXXV

¿SERÁ verdad que cuando toca el sueño
Con sus dedos de rosa nuestros ojos,
De la cárcel que habita huye el espíritu
En vuelo presuroso?



Los manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro.

. . . . . .
. . . . . .

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
De la brisa nocturna al ténue soplo,
Alado sube á la región vacía
Á encontrarse con otros?

¿Y allí, desnudo de la humana forma,
Allí, los lazos terrenales rotos,
Breves horas habita de la idea
El mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama,
Y guarda un rastro del dolor y el gozo,
Somejante al que deja cuando cruza
El cielo un meteoro?

Yo no sé si ese mundo de visiones
Vive fuera, ó va dentro de nosotros:
Pero sé que conozco á muchas gentes
Á quienes no conozco!

LXXVI

EN la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Cual si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa,
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el labio,
Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el Paraíso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío,

En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ansia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos . . .

. . . . . .
. . . . . .

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

14 DAY USE

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.

DUE AS STAMPED BELOW

APR 2 9 1997

12,000 (11/95)

YC 14694

893.58

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY